

## Ir de victoria en victoria hasta la derrota final y definitiva

Gilberto Urrutia

Uno de los términos que más se usan actualmente es la palabra éxito o su adjetivo exitoso. Es tan importante el tener éxito en estos tiempos, que se ha establecido lo que podríamos llamar: la cultura del éxito.

Todo el mundo quiere tener éxito, ser ganador, ser vencedor. Y no me refiero, por supuesto, en las áreas del juego y del deporte donde aspirarlo es característico, sino en los más variados ámbitos de la vida.

Y como evidencia de esa situación, nada más que hay que fijarse en como han proliferado recientemente, los registros de records tontos e intrascendentes en el libro de Guinness: que si el velo de novia más largo, o la paella más grande o bien el eructo más ruidoso del mundo; y también en la enorme cantidad de personas ordinarias (hasta inválidos y ancianos) que tratan de escalar los 8'000 metros del Mount Everest en el Himalaya.

Pero, es en el mundo laboral donde el tener éxito se ha propagado más, y es hacia el éxito donde se dirigen todos los esfuerzos de las empresas y sus trabajadores.

El significado del éxito empresarial ha estado cambiando a través del tiempo, antes se refería a aspectos como: la utilidad o la belleza del producto, la innovación, la calidad del producto, o el prestigio del fabricante.

Hoy en día el significado de tener éxito para la gran mayoría de la gente, se ha reducido al simple hecho de ganar más dinero.

Cuando en realidad, el tener éxito significa etimológicamente: salir bien o salir vencedor de una situación difícil determinada.

Las novelas bestseller, las películas de cine y las series de la televisión populares están todas basadas en la cultura del éxito, el protagonista siempre sale bien y como vencedor, y el fin de la obra es usualmente un final exitoso.

Sin embargo, en la cruda realidad de nuestra vida, sabemos que no todo lo que emprendemos nos va a salir bien y que también experimentamos fracasos.

Y yo me pregunto, pero no puede una persona también fracasar rotundamente y sin embargo, tener éxito y hasta victorias?

Claro que sí, es la respuesta, y a continuación está la explicación:

Todo va a depender de cómo nosotros mismos consideremos lo que nos sucede en la vida y más específicamente dónde nos sucede, si es en el mundo exterior en el que vivimos, o en nuestro ser interior, es decir, dentro de nuestra propia conciencia, en nuestra alma; que sólo nosotros percibimos y que está totalmente fuera del alcance de las miradas u opiniones de los demás, ya que es nuestro santuario impenetrable e inviolable, ese recinto oculto donde podemos estar a solas con Dios y hablar con él tranquilamente.

Es interesante mencionar, que uno de los significados originales de la palabra victoria, tiene que ver con la acción de vencer o dominar nuestros propios vicios y las pasiones desordenadas del alma.

De esa lucha de las pasiones que se da en nuestro ser interior, es que se deriva por ejemplo la frase de Buda: *“La máxima victoria es la que se gana sobre uno mismo”*.

San Agustín de Hipona por su parte, también describió de una manera excelente esa lucha interior que se produce en la conciencia de todo ser humano entre el bien y el mal, a la que llamó *el combate*, y que transcribo gustosamente a continuación:

*“Porque nadie sale vencedor sino con la victoria que da la gracia de Jesucristo. Y la continua guerra tiene un carácter de intimidación, porque dentro del espíritu mismo se libran las grandes batallas, en que la voluntad y las fuerzas del mal chocan entre sí.*

*En el santo bautismo serán borrados vuestros pecados, pero quedarán en su vigor vuestras concupiscencias, con que habéis de pelear después de recibir la gracia regeneratriz. Sigue, pues, el combate dentro de vosotros mismos. No temáis a ningún enemigo externo; véncete a ti mismo, y el mundo será vencido.*

*No ves al enemigo, pero sientes la fuerza de tu deseo; no ves al diablo, pero sí lo que te atrae y deleita. Vence lo que sientes en tu interior: Combate, combate sin tregua.*

*Nuestro corazón es continuo campo de batallas. Un sólo hombre pelea con una multitud en su interior. Porque allí le molestan las sugerencias de la avaricia, los estímulos de la liviandad, las atracciones de la gula y las de la alegría popular; todo le atrae y a todo hace guerra; con todo, es difícil que no reciba alguna herida. ¿Dónde, pues, hallarás la seguridad? Aquí en ninguna parte, a no ser en la esperanza de las divinas promesas.*

*Mas cuando llegemos allí reinará la paz perfecta, porque serán cerradas y selladas las puertas de Jerusalén; allí el lugar de la victoria total y de gozo grandes.*

*Nuestra vida en esta peregrinación espiritual no puede estar sin tentaciones, porque nuestro progreso se realiza con nuestra tentación; quien no conoce la tentación no se conoce a sí mismo, ni puede ser coronado el que no venciere, ni vencer el que no pelear, ni pelear sin hostilidades ni pruebas*

*El espíritu nos empuja hacia arriba, la carne nos tira hacia abajo; entre estos dos conatos de elevación y gravitación terrena hay cierta lucha, que pertenece a la tensión del lugar.*

*Los hijos de Dios combaten porque tienen a su favor un poderoso auxiliador. Dios no asiste como mero espectador al combate íntimo, al estilo de una multitud que presencia una pelea. Esa multitud puede estar a favor de un peleador; pero, si éste está en peligro, no le puede prestar ayuda». Al contrario, en este espectáculo interior, «el Espíritu de Dios es el que lucha por ti contra ti, contra lo que hay de contrario a tu propio bien dentro de ti.*

*El mundo es un mar, pero también a él le hizo el Señor, y no permite que se encrespen sus olas sino hasta el cantil, donde su furia se deshace. No hay ninguna tentación que no haya recibido de Dios su medida. Y como de las tentaciones, lo mismo digamos de los trabajos y contrariedades: no se permiten para que acaben contigo, sino para que te hagas más fuerte.”*

Muchos pensadores y filósofos coinciden en la concepción de la vida humana como un proceso de desarrollo, o un peregrinar, que está acompañado permanentemente de una pugna entre elementos antagónicos como: el bien y el mal, lo físico y lo espiritual, el cuerpo y el alma, la razón y el sentimiento, la vida y la muerte, el amor y el odio, etc.

La vida en sí misma, consiste en una lucha por satisfacer necesidades y aspiraciones: unas necesidades materiales existenciales en el mundo visible exterior y otras necesidades espirituales en nuestro ser interior invisible. Es decir que cada

uno de nosotros está luchando en dos arenas o frentes simultáneamente, y como si eso no fuera ya suficiente, la lucha es además sin cesar. De ésta situación resulta entonces, la dureza que caracteriza la vida.

En medio de lo afanoso y exigente que es la vida, el gran escritor ruso Leon Tolstoi dijo lo siguiente refiriéndose al sentido de la vida:

*“Me di claramente cuenta de que entre la cantidad de asuntos que llenan nuestra vida, hay asuntos verdaderos y asuntos insignificantes. Saber reconocer los que son verdaderos y los que son insignificantes: ahí radica toda la sabiduría de la vida.*

*El error principal de la vida de los hombres es que cada individuo piensa que lo que conduce su vida es la aspiración a los placeres y la aversión por los sufrimientos. Y el hombre solo, privado de dirección, se entrega a esa pauta, busca los placeres y rehuye los sufrimientos y en eso sitúa el objetivo y el sentido de la vida. Pero el hombre nunca puede vivir de placeres, ni puede evitar los sufrimientos. Si el marinero decidiera que su objetivo es evitar las crestas de las olas ¿adonde llegaría? El objetivo de la vida está más allá de los placeres y de los sufrimientos. Se consigue pasando a través de ellos.”*

En el transcurso de la vida, por medio de alguna experiencia íntima que nos estremece interiormente, llegamos cada uno de nosotros a sentir la necesidad de buscar la verdad y el sentido verdadero de nuestra existencia.

Por lo general, ese acontecimiento existencial es un hecho hiriente y doloroso que nos sucede: enfermedad, desilución, accidente grave, desengaño amoroso, muerte de un ser querido o bien un fracaso; el cual nos hace reflexionar, nos hace escuchar la llamada de nuestra propia conciencia y nos hace retornar a nosotros mismos. Allí dentro de nosotros, y por obra del Espíritu de Dios, llegamos a descubrir lo verdadero, lo esencial, lo maravilloso: nuestra propia alma.

San Agustín lo confirma cuando dice: *“es en el hombre interior donde habita la verdad.”*

Además también por experiencia propia, llegamos a darnos cuenta en algún momento de nuestras vidas, que la gloria del mundo exterior en el que vivimos, tan sólo es vanidad y apariencias, y que además, es breve y engañosa.

*“Cuanto hay en el mundo - dijo el teólogo Fray Diego de Estella (1524-1578)- es falso y vano, porque es pasado, presente y futuro. Lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es inestable y momentáneo.”*

Si somos sinceros con nosotros mismos, podemos constatar que lo que vemos a nuestro alrededor y lo que percibimos de la gente no es más que una farsa, porque en realidad la gran mayoría de las personas sólo vive de apariencias.

Es como un teatro de máscaras en la que lo único que cuenta es aparentar, ya que lo importante es quedar bien ante los demás, impresionar y que nos tengan por importantes, dichosos o privilegiados, aunque no sea verdad.

Debido a la enorme influencia de los medios de comunicación y de la publicidad, el mundo de hoy en día se ha convertido en un gran escenario de la mentira, donde las mentiras se escriben, se dicen y se divulgan con naturalidad, maestría y elegancia; y donde cada uno hasta se cree y defiende su propio engaño.

En la Biblia el Rey David en sus Salmos, se describió a sí mismo como un ser pobre y necesitado, no porque le faltasen honras y riquezas, sino porque entendía que todo era engaño y vanidad, y porque en algunos momentos críticos sentía que le faltaba su Dios.

En la medida que vamos tomando conciencia de la clara contradicción que existe entre nuestros propios pensamientos, conciencia y valores, que es lo verdadero; y el acontecer cotidiano en el mundo exterior que nos circunda, que es lo aparente y engañoso; vamos arribando a la conclusión de que el ámbito de nuestro espíritu, de nuestra propia conciencia es el más auténtico y sobre todo el más importante.

Es la vida del espíritu, de nuestros pensamientos, deseos, emociones, en resumen, del **reino interior** que tenemos dentro, la que contiene la verdad y la esencia eterna de la vida humana.

El filósofo danés Sören Kierkegaard (1813-1855), refiriéndose a la concepción de la existencia humana, describió de una manera muy ilustrativa, ese proceso de toma de conciencia de si mismo en tres estadios o fases que corresponden a tres modos de existencia: la fase estética, la fase ética y la fase de la fe.

La fase que Kierkegaard denomina estética, corresponde a la actitud de vida característica de la juventud dominada por la exterioridad, en que la persona se orienta al placer y al goce contemplativo que le ofrece el mundo exterior, a lo inmediato, a aprovechar el instante. El estético se deja llevar por el deseo y se empeña en su satisfacción inmediata.

Debido a la inmediatez y a la exterioridad en que se enfoca la atención, ésta fase transcurre sin mucha conciencia del propio yo, sin conocimiento de si mismo, sin reconocimiento de su propio ser.

Lo que abre la posibilidad a la persona para pasar o dar el salto a la fase ética, es un estado de ánimo fundamental, es un estado de desesperación.

Kierkegaard habla de la desesperación como un mero sufrir, un sufrir bajo las presiones de lo externo y cuya causa proviene del mundo exterior, pudiendo ser entre muchas vivencias, lo que en la opinión pública se considera como un fracaso.

Bajo esas condiciones, el espíritu pide una forma superior de existencia, de ahí que la persona da entonces el salto a la fase ética.

En la fase ética se abandona el placer en favor del deber. Esta es la fase de la acción, y con ésta gana la persona cierta capacidad de autoreflexión.

La acción implica necesariamente tener que hacer elecciones, y la más importante de ellas es esa elección ética que consiste en elegir entre la verdad de tu mundo interior y la mentira del mundo exterior, es decir, de elegirse a si mismo: lo verdadero.

La persona que se encuentra en la fase ética ha logrado vislumbrar el yo, el hombre interior que él mismo es y donde habita la verdad, como algo muy diferenciado del mundo circundante en el que vive, el cual no es más que apariencias y vanidad.

Esa comprensión y el conocimiento de sí mismo que adquiere el hombre en la fase ética, al desprenderse del apego a la exterioridad y al tomar conciencia de su propia alma, le permitirá algún día descubrir la dimensión eterna del espíritu que ha recibido como don maravilloso de Dios.

En ésta fase, la persona ante esa lucha continua que libra tanto en su interior como en el mundo exterior, se hace consciente de la necesidad de acudir a Dios como su única fuente segura y confiable de ayuda, de fortaleza, de guía, de consuelo, de paz interior; pero igualmente se hace consciente de sus debilidades, de sus pecados, de su falta de esperanza; todo lo cual lo conduce al arrepentimiento sincero.

El arrepentimiento es el sentimiento que mueve al ético desesperado a dar el salto a la fase de la fe en Dios, Creador y Señor del universo, quien es la verdad absoluta y la vida eterna.

Ésta descripción de Kierkegaard de las fases de la existencia humana la considero muy acertada y reveladora, porque yo personalmente he experimentado un proceso

similar de toma de conciencia como el descrito arriba, encontrándome en este momento en la fase de la fe, por lo que la puedo recomendar con toda propiedad como una guía práctica, para poder saber en que fase de la vida se encuentra uno en la actualidad.

Ahora bien, si el alma es lo verdadero, y es además la maravillosa prenda de eternidad, que Dios al infundirnos su espíritu, nos ha dado por su inconmensurable Amor y Gracia, tenemos entonces que considerarla lo más prioritario y más importante de nuestra existencia terrenal.

Nuestra alma es la parte de Dios que nosotros como seres humanos tenemos el gran privilegio de poseer, y por ser inmortal, vivirá eternamente y nunca pasará, a diferencia de nuestro cuerpo carnal y del mundo material exterior que si mueren y si pasan, quedando sólo sus restos o ruinas.

Orígenes (185-254), uno de los más grandes letrados del Cristianismo en la antigüedad, introdujo el término de “doble hombre”, para tratar de ilustrar la dualidad cuerpo - espíritu, la coexistencia del hombre carnal y el hombre espiritual en una misma persona.

Si hay algo valioso en este mundo en el que vivimos luchando, es el espíritu humano, por ser lo único que es verdadero y eterno. Nuestra alma es por lo que hace más de 2000 años, Dios envió a su Hijo Jesucristo y encarnándose se hizo hombre, y vivió entre nosotros para darnos con su ejemplo, el testimonio supremo del amor de Dios hacia la humanidad, y para darnos la buena nueva de que después de nuestra muerte, una Vida Eterna junto con Él nos espera.

Por esa razón, es en la lucha de las pasiones que se da en nuestra alma, donde tenemos que esforzarnos con más perseverancia y firmeza en lograr victorias y en alcanzar éxitos. Ya que en el mundo interior es donde se libran las batallas más difíciles y las más decisivas, porque allí estamos luchando por nuestro destino final, por nuestra paz y por nuestra felicidad eternas.

Aún cuando nuestro vivir diariamente sea una lucha dura y agotadora siempre se estarán alternando, por un lado los éxitos y los fracasos, y por el otro las victorias y las derrotas. Esa es la situación normal y universal en cada ser humano.

Ahora, en el caso del cristiano que cree y espera en las promesas de Cristo Jesús, puede encontrar en la Biblia los consejos y las afirmaciones necesarias para aplicar la estrategia adecuada en su lucha de la vida, y para recibir la fortaleza y el ánimo de perseverar en el tiempo de su duración, es decir, hasta nuestra última bocanada de respiración.

Ahí está toda la Palabra de Dios en la Biblia para leerla y escudriñarla con atención y sin prejuicios, en la certeza de que cada uno encontrará el mensaje o el contenido que su alma necesita para sus situaciones y luchas.

En las luchas de la vida no estamos solos, Jesucristo lo dijo **“Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” Mateo 28,20.**

El mundo invisible de las realidades espirituales: Dios Padre , Jesucristo, el Espíritu Santo, el Reino de los Cielos, el espíritu humano, los ejércitos espirituales (de las cuales nuestros antecesores y familiares muertos ya forman parte); es lo que da y tiene vida eterna. Mientras que por el contrario, el mundo físico que vemos y percibimos con nuestros sentidos, pasará junto con el tiempo implacable y ya no será más.

Así lo afirma Jesucristo en el evangelio de San Juan cuando dijo: ***“El Espíritu es el que da Vida, la carne de nada sirve. Las palabras que les dije son Espíritu y Vida.” Juan 6, 63***

Dejándose llevar por su propia vanidad y por la fama que le ofrece el mundo, hay muchos que por desear tener éxitos y alcanzar las mayores victorias en el mundo exterior, se olvidan de sí mismos, de su mundo interior y llegan a menospreciar la lucha que están librando en su espíritu contra el mal, arriesgando dejarse vencer por los instintos tenebrosos y las pasiones innobles, las cuales terminan arruinando su alma.

***“Pues, de que le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?” Mateo, 16.26***

De los grandes guerreros y conquistadores conocidos de la historia de la humanidad como Julio César, Alejandro Magno, Atila, Gengis Kahn, Darío el Grande, Napoleón Bonaparte y Adolf Hitler, quienes en sus épocas conquistaron y establecieron imperios de enormes extensiones, guerreando y dominando cientos de naciones y ocupando innumerables ciudades, nos atreveríamos a decir, que ellos serían un buen ejemplo de ese tipo muy particular de personas con delirio de grandeza, que durante su vida fueron de victoria en victoria, posesionándose del territorio y las riquezas que hallaban a su paso, hasta que les llegó la derrota final y definitiva, que significó su muerte y la perdición de su alma por los siglos de los siglos. Y ellos, después de haber sido dueños de medio mundo, tuvieron que conformarse con el estrecho espacio de su sarcófago. Esa es la burla trágica de una vida llena de vanidad!

Nosotros como personas comunes y corrientes, también corremos el riesgo de dejarnos arrastrar por un exceso de vanidad y llegar a abrigar la ambición de alcanzar alguna de las grandes metas de nuestra época como son: el sueño de ser millonario, el deseo de ser una estrella del cine, de la televisión o del deporte, un político de alta envergadura, un científico premio Nobel, o bien un record en el Libro de Guinnes; las cuales seguirán inevitablemente animando a la humanidad a perseguir la gloria y la fama.

Es necesario tener siempre presente que el exceso de bienestar material, de prosperidad y de continuos éxitos en la vida, tiende a generar en el ser humano el sueño más terrible: el sueño en el alma.

Pero por fortuna, seguirán siendo los grandes obstáculos de la vida, las derrotas, los accidentes, los desengaños, las enfermedades, los conflictos, es decir, todo lo que en el mundo material y visible se considera un fracaso o una piedra en el camino, los que despertarán de la modorra espiritual al individuo, y a su vez, lo impulsarán a encontrarse a sí mismo, a conocer el gran tesoro oculto de su propia alma, su ser interior, y después, a acudir a Dios con humildad y arrepentimiento, para así finalmente con su ayuda y compañía, lograr las victorias necesarias en esa lucha secreta, invisible, verdadera y muy sentida, que está librando en su espíritu.